

bre, y, por lo tanto, poco importa el lugar en que pueda encontrarse semejante materia y las transformaciones por las cuales haya podido pasar, siendo suficiente el que no haya sido aniquilada.

Según San Pablo, no toda carne es la misma, sino que una es la del hombre y otra la de los animales; y debiendo seguir ambas, en virtud de una ley natural, la condición de su forma, la del bruto perece toda entera con el alma puramente sensitiva que la informaba y la estaba unida, mientras que la del hombre, por ser materia de una forma inmortal, conserva siempre un germen de inmortalidad, y aunque la destruya el fuego y sus cenizas se arrojen al viento, se convierta en alimento ó se esconda en el fondo de los volcanes ó del mar, jamás será de tal manera transformada que no quede algo de la misma; y entonces Dios encontrará esos átomos que Él mismo hizo indestructibles y se los dará al alma que les vivificó é informó la primera vez (1).

Sobre todo, acordémonos que tenemos en favor de ese dogma la palabra de Dios, y que aún en el mismo orden natural, y con mayor razón en el sobrenatural, no hay verdad que bajo algún punto de vista deje de ser inaccesible á nuestra limitada inteligencia. La vista misma, cuando se fija demasiado sobre un objeto, se turba y oscurece, y á veces no vemos aquello

(1) Ventura, *Sermón sobre la resurrección de los muertos*.

mismo que podríamos ver si no lo mirásemos con tanta fijeza y tirantez; y así, concediendo, como no puede ménos de concederse, que la razón sirve para conocer y guiarnos á Dios, sin embargo, es necesario contemplarle con un órgano todavía superior á ella; y hé ahí por qué, además de haberla ayudado con los milagros, nos ha dado Dios los incomparables dones de la fe y del amor, á fin de que le conozcamos y nos complazcamos en Él más perfectamente. Él tendrá gran indulgencia de nuestra debilidad y limitación, pero jamás su misericordia podrá ser indulgente con nuestro orgullo y altivez; no nos hará cargos jamás por no haber comprendido perfectamente cómo ha hecho Él sus obras milagrosas, pero será justamente terrible é inexorable para con los que hayan despreciado su palabra por engreirse y vanagloriarse de la ciencia con que han comprendido y averiguado cómo sus obras no eran de Dios.

CAIFÁS, EL CIEGO DE JERICÓ, ZAQUEO, LA MAGDALENA Y JUDAS

Entre los que habían sido testigos de la resurrección de Lázaro hubo muchos que creyeron en Jesús, y otros, por el contrario, fueron á unirse con sus enemigos y á darles cuenta de semejante suceso. Al tener noticia de éste, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos se reunieron en concilio; y sin inferir injurias á Jesús, como lo solían hacer en actos públicos, se decían mutuamente: «¿Qué es lo que hacemos? Todavía hace

milagros, y si le permitimos obrar, resultará que todo el mundo creerá en Él.» Ese era para ellos el delito mayor que imputaban al Mesías, el de que todo el mundo creía en Él; y aunque procuraban ocultar su odio, éste se traslucía en el trabajo constante de buscar pretextos para vengarse de Él; y así algunos de los reunidos en concilio alegaron motivos de pública utilidad, diciendo que, de seguir así Jesús obrando milagros con libertad, vendrían los romanos y destruirían la nación y el país; y sin ellos quererlo ni saberlo, estaban anunciando su propia ruina, porque precisamente Jerusalén había de ser destruída por haber crucificado los judíos á Jesús en ella.

Desde la resurrección de Lázaro en adelante ya no se ocuparon de otra cosa los enemigos de Cristo que en construir formidables líneas de circunvalación para amurallar á Jerusalén y pedir seguidamente á Pilatos que diera libertad á Barrabás y no á Jesús. Barrabás, en efecto, quedaría libre, como ellos lo pedían; pero no advertían ni caía bajo su obcecada inteligencia que llamando á Barrabás tendrían sin quererlo al inexorable Tito. Se encontraba á la sazón entre ellos Caifás, que aquel año ejercía el cargo de gran sacerdote, cuya alta dignidad, ya degradada y desacreditada, quedaría más manchada con su solo nombre y estaría ya envilecida para siempre. Caifás fué el primero que manchó sus labios con la palabra *deicidio* y el que dijo á todos los conspiradores que estaba en el interés de todos que pereciese un solo hombre (Jesús) para que se salvase la

nación entera, sobre lo cual advierte el Evangelio que no lo decía de sí mismo Caifás, sino que hablando, como hablaba, con el carácter de gran sacerdote, al expresarse así profetizaba que Jesús debía morir por toda la nación, y también para reunir á los hijos de Israel, que estaban dispersos; de suerte que las palabras que el prevaricador pontífice quería que fueran un oráculo de maldición y venganza, por designios inescrutables de Dios se convirtieron en instrumento y solemne proclamación de su gloria; y así como Satanás en el Paraíso, al decir á los primeros padres que comieran de la fruta prohibida, les hizo caer del estado de felicidad en que habían sido constituidos por Dios, por el contrario, Caifás, agitándose en el odio contra Jesús, no hacía más que plantar el árbol de la cruz, con cuyo fruto de bendición los hombres que se alimentasen de él saldrían de su abatimiento y se revestirían de gloria y de esplendor.

Pronunciado ya el detestable oráculo de Caifás, ya no pensaron los judíos más que en hacer morir á Jesús, el cual, para librarse de sus asechanzas y hacer así tregua hasta que se acercase la hora fijada para el sacrificio, se retiró hacia los confines del desierto y permaneció en Efraím, antiguo lugar que sirvió de refugio al profeta Elías contra la persecución de Acab y de Jezabel. Durante ese tiempo los judíos se reunieron en Jerusalén para la celebración de la Pascua y buscaron á Jesús en el Templo para apoderarse de Él, quedándose admirados de no encontrarle allí, si bien no fué mucho el tiempo que tuvieron

que esperar para verle, porque Jesús volvió muy pronto á Jerusalén para morir allí.

Á su vuelta á esa ciudad deícida venía acompañado de sus discípulos, y éstos se sentían poseídos de temor y asombro en medio de la proscripción en que se hallaban con su Maestro, y no dejaban de tener miedo al odio de los fariseos, por más que no sabían quizá hasta qué extremo había de llevarse la venganza que éstos preparaban.

Jesús, sin embargo, creyó conveniente dárselo á conocer, bien fuera para fortificarles en la fe durante tan horrorosa catástrofe, ó bien para que supieran y se convencieran de que su sacrificio era voluntario. Con ese fin llamó aparte á los doce Apóstoles, y en términos claros y precisos les refirió en detalle su pasión. «*Ved, les dijo, que subimos á Jerusalén, en donde se cumplirá todo lo que los Profetas han anunciado acerca del Hijo del Hombre. Será entregado á los príncipes de los sacerdotes, á los escribas y á los senadores, y ellos le condenarán á muerte y le entregarán á los gentiles. Será abofeteado, escupido, azotado y crucificado, y resucitará al tercer día.*»

Esa era la tercera vez que Jesucristo predecía su pasión y muerte á los discípulos, y, sin embargo, esta última vez no comprendieron mejor lo que les decía que en las dos anteriores, pues no podían persuadirse que Aquel que ellos tenían y creían que era el Hijo de Dios, y cuyos milagros habían visto, quisiera dar á sus enemigos un poder y triunfo sobre sí mismo hasta el

punto de que se burlasen de Él y le quitasen la vida; y con este motivo, otra vez se reprodujo entre ellos la cuestión sobre preeminencias, acerca de la cual les habló Jesús en estos términos: «*Las naciones se ven dominadas por sus príncipes, y los grandes del mundo mandan con imperio; pero entre vosotros no debe ser así, sino que aquel que entre vosotros quisiere ser grande se haga vuestro esclavo, á imitación del Hijo del Hombre, que no ha venido á este mundo para ser servido, sino para servir y para dar su vida para la redención de muchos.*» Estas palabras son tan memorables y magníficas, que debieran grabarse en letras de oro y penetrar en todos los corazones para ser su dirección y su guía, porque encierran la noción cristiana de los poderes públicos y constituyen la hermosa carta de verdadera libertad para los pueblos, pues éstos son libres cuando sus intereses están protegidos y garantidos por la autoridad pública, y cuando su religión, su alma y su conciencia son respetadas y pueden ejercer libremente los actos del culto católico, único verdadero, para relacionarse con Dios y prestarle su adoración.

Conforme iban Jesucristo y los discípulos á Jerusalén, al aproximarse á Jericó, pequeña aldea que hay en el camino, encontraron un ciego que estaba sentado en las orillas del camino, el cual, al oír que iba á pasar por allí Jesús de Nazaret, principió á gritar, diciendo: «*¡Jesús, Hijo de David, tened misericordia de mí!*» Y como los que acompañaban á Nuestro Señor

le mandasen callar, en vez de obedecerles, al contrario, gritaba con más fuerza. Jesús se detuvo, mandó que se aproximase á Él y le preguntó qué era lo que quería; el ciego contestó que quería ver. Entonces Jesús le dijo : «*Vete, pues; tu fe te ha salvado.*» Y al momento recobró la vista el ciego, y siguió al Señor, publicando ese milagro en medio del pueblo, que por ello daba gracias á Dios.

Ese ciego y lo que con él acontece representa al vivo el estado del género humano antes de la venida de Jesucristo; la pobreza que mendiga la verdad, la necesidad de luz que gime en las tinieblas, la humanidad de Jesús que pasa, la misericordia divina que se detiene y la fe que ilumina y salva, todo se halla ahí figurado. El camino en que estaba el ciego es Jesús, que dice de sí mismo : «*Yo soy el camino.*» Y cualquiera que, no gozando todavía de la luz celestial, viene á creer en el Redentor, está, dice San Gregorio, sentado en las orillas del camino; y si no tiene cuidado de pedir, ni implora el dón de la limosna, nada recibirá; pero si, por el contrario, conociendo su enfermedad, pide y grita del fondo de su corazón, y si, á pesar de que á sus gritos se rebelan y despiertan los deseos de la carne y la concupiscencia y deleite de los vicios, pues ellos se apresuran á presentarse antes que Jesús llegue para tratar de disipar nuestros buenos propósitos y ahogar nuestras plegarias con estrepitosas tentaciones, sigue gritando, rogando y levantando cada vez más la voz de su arrepentimiento, Jesús, al

fin, se detendrá y le preguntará qué es lo que desea; porque, aunque conoce muy bien nuestras necesidades, quiere que las manifestemos para mayor mérito nuestro; como conocía también las del ciego de Jericó, y, á pesar de eso, le preguntó qué era lo que quería, á fin de darle ocasión de hacer un acto de fe; y por compasión hacia los judíos, le obligó á declarar su enfermedad, dejando así un edificante ejemplo sobre la necesidad de creer y la necesidad de orar y de confesar la culpa para alcanzar la salud. El ciego no pidió sino aquella gracia que los hombres no podían darle y que sólo podía venirle de Dios, porque persuadido estaba de que, aunque el mundo le hubiera dado todo el oro que posee, no sería capaz de conseguir con él un solo rayo de luz para ver; y por eso se dirige al Señor, que es la luz eterna, la hermosura perfecta y la bondad infinita, rogándole le otorgue el beneficio de la vista, reconociéndose obligado, después de haberle recibido, á seguir al Señor y á cantar sus alabanzas en testimonio de gratitud.

Además de ese milagro, en sí tan admirable, todavía había de ser Jericó testigo de otro más asombroso y que pudiera considerarse como otra resurrección, ó, más bien, una verdadera creación. El mismo nombre de Jericó encierra ya muchos símbolos, pues significa *luna, mutabilidad, caducidad*, y la inconstancia de las cosas de este mundo, que cambian á cada paso, y que bajo ese concepto, en vez de labrar la felicidad, son causa muchas veces de irreparable desgracia. Allí se habían levantado

las soberbias murallas en que la espada de Josué no pudo abrir brecha, y sólo fueron destruídas al sonido de la trompeta sacerdotal, las cuales eran figura del mundo idólatra, que mientras por la fuerza material se considera invencible, tiene que rendirse á la predicación del nuevo Josué, y Jesús nos va á dar una profecía y bosquejo de esa victoria. Dueño ya Josué de Jericó, la había destruído con imprecaciones, teniendo como maldito delante del Señor al hombre que se atreviese á reedificarla, pidiendo que los fundamentos cayesen sobre su primogénito y que no se asentasen sus puertas sino sobre el último de sus hijos. Este temerario fué Jel, el cual principió á restaurar á Jericó, y en el acto vió morir á su primogénito; y cuando hubo colocado las puertas, perdió también el último. Del mismo modo, después de Juliano el Apóstata ha sucumbido la descendencia de todos los que han pretendido restablecer la idolatría, de todos los autores de los cismas y herejías, y de todos los que reproducen los errores y vicios figurados por la villa de Jericó. Por lo demás, el anatema no había alcanzado materialmente á toda la villa, pues en tiempo de Jesucristo eran numerosos sus habitantes, había en ella gran comercio, mucha riqueza, si bien, desgraciadamente, estaba entregada á los placeres. En el Evangelio aparece Jericó como la villa adonde bajaba desde Jerusalén el hombre que fué asaltado por los ladrones, y adonde también se dirigía el piadoso samaritano. Al fin llegó igualmente á ella el Samaritano verdadero, que viene á ejecutar lo que es im-

posible á los hombres y sólo puede hacerlo Dios; y suavizando el duro anatema que en casi toda la historia evangélica pesa sobre los ricos, principia á enseñar y demostrar cómo puede pasar el camello por el ojo de una aguja.

Había muchos publicanos en Jericó, y su jefe se llamaba Zaqueo, hombre de influencia y de grandes riquezas; y aunque su reputación moral no era muy buena, sin embargo, parece conservaba, como la samaritana, algún sentimiento en su alma que no había sido corrompido aún, ni manchado con las máximas del mundo, porque manifestó vivos deseos de ver á Jesús. Hay algunas almas, como las hubo siempre y las habrá en el porvenir, que no aman el mal, y que sin amarle se encuentran metidas en él, y á las cuales falta la ciencia de conocer y de saber amar el bien; presentan en sus actos cierto género de dignidad y nobleza, á la cual pertenecen, y cierto esplendor al cual pudieran fácilmente elevarse, porque en vez de resistir escuchan la voz de la verdad, la buscan, y sufren si no la encuentran. Á pesar de la clase á que pertenecía, y de la fama y prestigio que entre los publicanos tenía, Zaqueo estaba dotado de una de esas almas bien dispuestas, en la cual había un ardiente deseo de conocer á Jesús. Pero mientras lograba esa dicha vivía en el fraude y del fraude, y el deseo de ver á Jesús continuaba en él, lo cual, dice San Fulgencio, es una señal de que ya le había visto en su espíritu, y esa vista interior era la semilla de donde había de brotar para él la salud.

Sabiendo, pues, que Jesús debía pasar por aquel punto, se colocó en el camino, y previendo después que la gente le impediría verle, porque era muy pequeño de estatura, se subió á un sicomoro. Todas estas circunstancias han inspirado á los Padres de la Iglesia y á los sagrados expositores bellísimas y admirables reflexiones, y Zaqueo es la única persona de quien se haya hablado en el Evangelio con todos esos minuciosos detalles. Se interpreta lo que hizo como una señal de su humildad, porque no temió las burlas que pudieran hacerle sus amigos y sectarios; como una prueba de su ardiente amor, que quería vencer el obstáculo que surgía de su defecto físico; como una figura de la pequeñez del pueblo escogido, que á la sazón era muy pobre y débil por su fe; y se le compara, en fin, con el grano de mostaza que llegaría á ser después la grande y universal Iglesia Católica. Para hacerse alto subió al sicomoro, árbol de frutas encarnadas, que se llama también *higuera fatua*; y en esto se enseña que el alma humilde se eleva y el cristiano alcanza una gloriosa altura subiéndose á la cruz, que es el árbol de locura y de escándalo para el mundo. La higuera, como se verá después, tiene una significación particular, y grande y útil aplicación en las Santas Escrituras, pues al pié de ella se ocultó Adán después de su desobediencia y con hojas del mismo árbol se hizo un vestido para cubrir su desnudez. Mas, dejando aparte estas consideraciones, es evidente que Zaqueo, al obrar de la manera que obró, no fué solamente por una mera curiosi-

dad, sino que, á imitación del ciego mendicante, este hombre rico, que también estaba ciego espiritualmente, deseaba alguna gracia y bendición. La bendición que Zaqueo deseaba le fué



Lámina 82.—Zaqueo sube sobre un sicomoro para que pudiera verle el Salvador y para recibir de Él la bendición. Jesús le dice: «Zaqueo, baja pronto, porque es preciso que yo me hospede en tu casa.» —Cuadro en miniatura, del siglo XVI, que se conserva en la biblioteca de M. Ambr. Firmin-Didot.

dada muy abundante, porque Aquel que profundiza los corazones puso sus compasivos ojos sobre él. En sentir de los sagrados intérpretes, no fué estéril esa mirada de Jesús, pues había

ya visto que Zaqueo le amaba, y Él ama á todos aquellos de quienes Él sabe que es amado; y por eso á Zaqueo le fué concedida la gracia y perdón con la dulce y misericordiosa mirada del Salvador, y por ella fué también llamado para la salud eterna. Zaqueo sólo quería ver á Jesús, y consiguió mucho más, porque Jesús le dijo que bajara del árbol y que pensaba hospedarse en su casa.

Zaqueo fué obediente, y bajó del sicomoro; y mientras corría presuroso á su casa, toda la gente que allí había se puso á murmurar de Jesús, porque había resuelto hospedarse en casa de un pecador. Al recibir Zaqueo á tan insigne Huésped, le dijo: *«Señor, yo doy á los pobres la mitad de mis bienes; y si he sido injusto para con alguno, cualquiera que sea, le doy el cuádruplo de lo que le hubiere perjudicado.»* Es de notarse en estas palabras que no dice Zaqueo que dará y restituirá, refiriéndose á tiempo futuro, sino que considera ya la restitución como efectuada y como un hecho cumplido con tanta humildad como caridad, en conformidad con lo que la ley prescribía, según la cual, el que robaba una oveja estaba obligado á restituir cuatro; y si la cosa robada subsistía entera y era restituída por propia resolución y voluntad, entonces se cumplía con restituir la quinta parte de su valor. Por todo eso se ve que Zaqueo, no contento con acusarse públicamente de su injusticia y de condenarse á sí mismo, se aplicó la pena en todo su rigor; y devolviendo el cuádruplo de los bienes adquiridos, se desprende de

los que legítimamente poseía; y para resolverse á su conversión no ha necesitado de enseñanza ó instrucción alguna, ni de ninguna palabra ó exhortación; y una sola mirada de Jesús ha sido bastante para que supiera todo lo necesario y para suplir todo lo demás; y así como el sol, con sólo tocar el cristal con un solo rayo, es bastante para iluminar y derramar la claridad por toda la casa, así también Jesús, hermoso sol de justicia, con sola su augusta presencia ha iluminado y esclarecido esa dichosa alma que le quería ver y ha puesto en ella las virtudes de la humildad, de la caridad y de la penitencia. Se acuerda de aquel hombre joven, rico, fiel observante de los mandamientos, á quien le dijo: *«Una cosa te falta;»* y no teniendo valor para cumplirla, se fué y dejó á Dios por conservar sus grandes bienes; mientras que el publicano, al contrario, de su propia resolución pone sobre el pavimento de su casa, que habían de tocar los sagrados piés de Jesús, su patrimonio y el fruto de las usuras, renuncia á todo con una santa alegría y se humilla delante del Salvador; de manera que podemos considerar á Zaqueo como el primer pobre voluntario y el criado de la casa que servía á Jesús el festín que amaba y que más le gustaba.

Cuando entraba Jesús en casa del publicano dijo: *«Esta casa ha recibido hoy la salud, porque este es también hijo de Abraham, y porque el Hijo del Hombre ha venido á buscar y salvar lo que había perecido.»* Hace el Salvador mención de la casa, porque su voluntad no era de convertir solamente al due-

ño de ella, ni quería ser ménos generoso que el publicano; y así como éste dejó y renunció todo, también Jesús quería recoger y ganarlo todo, y efectivamente que todos los de la casa recibieran la salud y la gracia. También llama á Zaqueo hijo de Abraham, por más que con eso se irritaran los judíos; pero le llamó así porque tuvo los deseos, la fe y la piedad de Abraham; porque deseó ver, vió y fué llenado de alegría, como Abraham; porque dió al Señor la hospitalidad que prefería, como se la dió Abraham; porque sacrificó todos sus bienes, como Abraham sacrificó su hijo, y porque, en fin, Zaqueo abrió la puerta que estaba cerrada á los gentiles para que recibiesen las bendiciones que fueron prometidas y dadas á Abraham (1).

El mismo día de la conversión de Zaqueo salió Jesús de Jericó, y á las puertas de la ciudad curó también dos ciegos que gritaban como el otro que había encontrado al entrar en ella, diciendo: «¡Jesús, Hijo de David, tened piedad de nosotros, y haced que nuestros ojos se abran!»

Los amigos de Jesús le dieron una comida en casa de Simón el Leproso, vecino de Bethania, adonde llegó seis días antes de la Pascua. Servía á la mesa Marta, y su hermano Lázaro

(1) Sabemos por San Clemente, papa, que Zaqueo se hizo discípulo de Jesús después que vendió y distribuyó sus bienes. Después de la Ascensión, se unió á San Pedro, á quien había sido recomendado por el Señor, de la misma manera que el hombre herido, abandonado por el sacerdote y por el levita, fué confiado por el samaritano al dueño de la posada luégo que le recogió en el camino de Jericó. Zaqueo fué consagrado obispo de Cesárea, en Palestina, en donde trabajó santamente por la predicación del Evangelio. Hay una tradición que supone haber ido á Francia y haber fundado allí el santuario de Roc-Amadour.

era uno de los convidados. También estaba allí María Magdalena, la cual tomó un vaso de alabastro que contenía una libra de aceite de nardo, de gran valor, y la derramó sobre los piés del Salvador, limpiándolos ella con sus propios cabellos; y lo que restaba en el vaso lo derramó después sobre la cabeza, y al momento quedó toda la casa llena de un suave aroma.

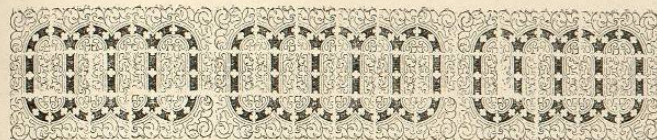
Al ver eso Judas Iscariote, uno de los doce Apóstoles, lo censuró, y muy disgustado dijo que cuánto mejor hubiera sido que aquel aceite derramado y perdido se hubiera vendido por trescientos denarios y haber socorrido con esa cantidad á los pobres, poniendo así el interés de los pobres contra la prodigalidad de la Magdalena. El Evangelio tiene cuidado en advertir que Judas no se tomaba cuidado alguno por los menesterosos, sino que era un ladrón, y estaba encargado de llevar el bolsillo, y lo que se debía meter en él se lo quedaba en sus manos. Á pesar de eso, muchos discípulos fueron víctimas de la astucia é hipocresía de Judas, y á su ejemplo reclamaron á favor de los pobres y se indignaron contra María por el aceite derramado. Mas Jesús les mandó que se abstuviesen de contristarla y affigirla; que ellos tendrían siempre pobres en su compañía, mientras que á Él no le tendrían siempre, y que aquella piadosa mujer había obrado bien; que anticipadamente había embalsamado su cuerpo para la sepultura, y que esa acción sería alabada en todas las partes del mundo donde penetrase el Evangelio.

Entre tanto muchos judíos iban de Jerusalén á Bethania

para ver á Jesús, y á Lázaro resucitado, y los príncipes de los sacerdotes, sabiendo que muchos creían en Jesús por causa del milagro de la resurrección de Lázaro, deliberaron sobre quitarle la vida. Ya entonces se creía que era necesario, no sólo matar á Jesús, sino también la Iglesia.



Lámina 83.—Virgenes cantando.
Miniatura de Fra Benedetto, que se halla en un libro de coro del convento de San Marcos, en Florencia, y data del siglo XV.

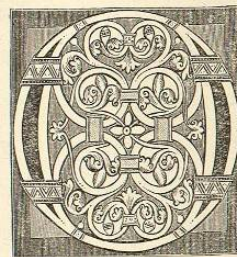


VII

LA EUCARISTÍA

Entrada en Jerusa'én, Maldición de la Higuera.—Último Día en el Templo.—La Pascua.

ENTRADA EN JERUSALÉN, MALDICIÓN DE LA HIGUERA



Inicial de un Flavió Josefo del siglo XII.
Biblioteca de M. Ambr. Firmin-Didot.

BLIGADO Jesús á permanecer en Bethania, por haber llegado á este punto la víspera del Sábado, pasó en él todo el día por respeto y observancia de la Ley, y al día siguiente, acompañado de sus discípulos, se puso en marcha para Jerusalén, y al llegar al pié del monte Olivete, envió delante dos discípulos para que fuesen á una aldea muy próxima, en donde verían una pollina con su asnillo, sobre el cual aún no había montado persona alguna, y les mandó que desatasen la madre y el hijo y les condujesen adonde Él estaba, advirtiéndoles que,